

XII

Yo sé que a vos te gusta viajar. Bueno, a todos nos gusta viajar, porque para eso somos hombres, no árboles. Pero hay maneras de emprender un viaje, y mientras unos queremos viajar para satisfacer lo que una tía mía, muy romántica ella, llamaba «hambre de horizontes», otros se marchan como un recurso para conocer ventajas que aquí no tienen y que les darán en otro lado del mundo. Y yo, honradamente, pienso que debes ir, que debes salir. Cuando volvía de mi último viaje yo dije por radio que a la Argentina lo que le hacía falta era salir en gira. Sí. Al país, en gira..., todo entero. ¿Y sabés por qué formulo esta invitación o esta sugerencia? Porque yo quiero que vayas y que compares. Cumplí tus tremendos anhelos transoceánicos, envolvéte en un plan de turismo, abandoná los bagres monótonos del Río de la Plata y hacé sociales con la trucha vanidosa del Mississippi. ¡Dale! ¡Caminá! ¡Viajá! ¡Visitá! ¡Compará! Cumplí con tu vanidosa necesidad de hacerme saber que estás, no en Mina Clavero, sino en cualquier parte fuera de aquí y mandáme la postal que registre una huella de tu paso. Mandámela, que yo te espero. Aquí te espero. Tranquilo te espero. Porque cuando llegués, remolcando recuerdos y valijas, me verás aparecer en el metro cuadrado del andén, la

escalerita o la pasarela, con una pregunta que no lleva ninguna mala intención: «¿Y? ¿Cómo te fue?» Entonces vos tratarás de llevarme a un rincón neutral y golpear-me a mansalva con las ciudades, los monumentos o las circunstancias que te salieron al paso, y me hablarás: «¡Ah, la torre Eiffel! ¡Si vos vieras!... ¡Ah, el Castillo del Morro!... ¡Ah, los doscientos pisos del Waldorf-Astoria!... ¡Ah, las ruinas de Pompeya, si vos vieras!... ¡Oh el color del Támesis cuando atardece!» Sí, sí, cómo no, me gusta, fenómeno; pero no te pregunto ni por la torre ni por el Morro; te pregunto por vos. ¿Cómo te fue *a vos*? ¿Bien? ¿Bien en todo? ¡No, a mí no me la vas a contar! Porque este viaje tuyo yo lo hice antes, y lo han hecho otros, y todos hemos venido empujando el barco, persuadiendo al capitán para que hiciera una punta de nudos, necesitando respirar el buen aire de una querencia sin comparación. No por el afecto, porque casi siempre encontrarás más afecto afuera que adentro de tu país, pero vivir... ¡Vamos!, bajá de tu plataforma presuntuosa, franqueáte a la sombra de un árbol y contáme, sinceramente, qué privaciones pasaste y qué hambre y qué nostalgia sufriste. Ya sé, ya sé; a vos no te iban a agarrar desprevenido, ¡vos llevás divisas! ¡Un kilo de divisas! Vení, sentáte a la mesa tremenda de esta tierra abundante, y cuando terminés de ponerte al día con tu metabolismo, contáme qué compraste con las divisas. Un boleto para Marsella, te creo; un *ticket* para subir a la estatua de la Libertad, te creo; pero no me digás que compraste un almuerzo, porque eso... ¡eso a mí no me lo vas a contar! Entendéme: yo no vivo pensando en la comida. ¿Vos me viste? Sabés cómo yo... Y bueno, ¿para qué te voy a explicar? ¡Con verme!... Pero pienso en la comida de los otros, en el bienestar de los otros, en las privaciones que no sufrimos acá. ¡Sé honrado! Aunque las divisas nos falten. Ya sé

que en tu viaje habrás conocido un museo tremendo, un río con otra clase de mojarritas, una montaña así de alta, ciudades impresionantes y costumbres sorprendentes, pero una vida más fácil y mejor alimentada, ésa no la conociste. Y como todo el drama del mundo empieza en el hambre, supongamos que toda la felicidad del mundo empieza en la abundancia. ¡Entendéme, no es toda la felicidad, pero allí empieza! Por eso te pedí alegremente que salieras a viajar. ¡Hacéme el gusto! ¡Viajá! ¡Contáme cómo vivimos acá y cómo viste que vivían los demás! ¿Que decís? ¿Que teniendo divisas uno puede comer en cualquier parte? (*ríe*). Y bueno, ¡viajá! Sé bueno, viajá. Yo te espero en esta patria tuya que tantas veces despreciás, así, cuando vuelvas, me la contás.

XIII

Sí, son muchas las cartas que recibo. Y tanto o más que las otras me interesan las que me reprochan algo. Por eso me interesó la tuya, Mordisquito —así firmabas, ¿verdad?... ¡Mordisquito!...— Y voy a contestarte porque veo que te has hecho un lío. Un lío grande. Te quejás, y tu queja es como si vinieras a decirme que instalaste en la calle Corrientes una fábrica de trampas para cazar osos y que estás furioso porque no vendés ninguna. *Tipo chaleco* sería el de tu aspiración. ¿Quién te iba a comprar una trampa para cazar osos aquí en Buenos Aires? Tu pretensión estaría consignada dentro de ese capítulo que en medicina legal se llama el *piante*, ¿verdad, Mordisquito? Es como si quisieras darte la mano en el espejo. —Los médicos se ponen serios cuando ven que uno intenta eso delante de ellos. ¡Al rato empieza la ducha fría!—. Y lo tuyo es igual. Querés discutir. Y, bueno, Mordisquito, discutamos. Pero no con ese coraje que tenés para el macaneo libre, sino con un atisbo de razón. ¿Entendés, Mordisquito? Vos insistís en negar todo lo que significa conquista, progreso, realidad social. Pero no con argumentos que caen por su propio peso, como las cornisas, sino con la misma deliciosa ingenuidad del que quiere tirar abajo un ombú con una hojita de afeitar.

No alcanza. No la podés contar tan fácil. Los hechos son demasiado grandotes, las realidades demasiado sólidas para que puedas socavarlas con frasecitas. Frasecitas hechas tan sólo con palabras. Espuma que parece abultar mucho pero que se deshace soplando. Te oigo decir, por ejemplo: «¡Eh, ya no se puede comprar nada. Todo aumenta. Todo sube! ¡No sé adónde iremos a parar!» Y tu frase tiene la apariencia de una sentencia. De un destino negro, negro como un café negro, como un túnel sin salida y con un negro adentro. Pero hacéme un favor, ¿querés? Agarrá un lápiz y un papel. Te quiero hablar con cifras para no hacerla larga. Tenés razón. Sí, el costo de la vida aumentó un 113% con relación a 1946. Pero, ¿sabés en cuánto aumentaron los salarios obreros? En un 172,8%. Y bueno, hacé la cuenta. Bajá el uno y lleváte el cero alguna vez. ¿Sabés en cuánto aumentó el poder adquisitivo de los salarios desde 1946? En más del 29%; aquí adelante mío tengo el dato. Yo ya sé que nadie compra trampas para osos, pero es porque no se necesitan, no porque aumentaron. ¿Cómo me vas a contar que «ya no se puede comprar nada» si el índice de ventas minoristas era de 200 con respecto a 1943 y el año pasado llegó a 830? Comprendo que los números son aburridos, pero no me vas a negar su elocuencia. Yo no me quiero hacer el erudito, ni me voy a enojar si no consigo convencerte de tu error. Pero dejáme, al menos, este derecho de justificar mi alegría, Mordisquito. Una alegría que crece comprobando los hechos, certificando un equilibrio de cosas, confirmando una fe que tiene raíces en los hechos. ¿Cómo vas a enredarme en ese pesimismo que te hace decir sin fundamento alguno: «Las cosas van cada vez peor», si el panorama de la realidad me testimonia todo lo contrario? Siempre tuvimos que presenciar el espectáculo injusto de una minoría que progresaba a

expensas del estancamiento o el hundimiento de los demás. Hoy la fiesta es de todos. Es el renacer de un país entero que ve crecer a un tiempo trigo y chimeneas, cosechas y fábricas. Mientras vos te empeñás en vender trampas para osos nuestro comercio internacional arrojó el año pasado un saldo positivo superior a 700 millones de pesos. Mientras vos te quejás, Mordisquito, la iniciativa privada, con la ayuda financiera del Gobierno, creó 30.000 empresas nuevas. En sólo un año —mientras otros le dan manija a la lengua— se han solicitado casi 19.000 marcas de fábrica. Nuestro incremento industrial con respecto a 1937 es del 73%. El más alto registrado en el mundo. ¿Y entonces? Dejá las trampas para osos y entrá en la fiesta, Mordisquito. No sigás más a contramano. ¡Ah!, ¿no querés? ¡Y bueno, quejáte si te gusta, pero a mí, no... , a mí no me la vas a contar!

XIV

¿Decís que vos sabías lo que era un gaucho? ¿Y por qué me la querés contar a mí? Ni vos ¿oís?, ni yo, ni nadie, casi, lo sabíamos. Más allá de tu barrio cargado de glincinas o de tu ciudad abrumada de luces, se extendía lo que en el lenguaje de las zambas se llamaba *tierra adentro*. Una ancha tierra servicial y dolorida. El campo que te cuidaba las espaldas y al que nunca miraba de frente. Porque vos no lo mirabas; yo me acuerdo, no me digas que sí. Vos eras un hombre de ciudad, una cédula evolucionada y despreciativa, pero no por maldad; por desinterés, más bien, o por abulia. Eras un hombre que sólo pensaba en sus problemas y que nunca se detenía a suponer qué problemas existirían en el campo, porque ¿qué era el campo sino un lugar de donde mandan carne y fruta? La geografía de tus sentimientos terminaba en la avenida General Paz, y el resto era, para vos, una especie de cambalache folklórico donde se mezclaban al tuntún la cinacina, la vaca, la yegua madrina, el cedrón, el gaucho y el chingolo, a quien el ferrocarril le había dado un susto bárbaro. Tu paisano, tu hombre de campo ¡tu gaucho!, era... ¿qué sino un individuo falsamente literario que siempre estaba haciendo ruido con las espuelas? El gaucho que te imaginabas se pasaba la vida a caballo

diciendo ¡*ahijuna!*, y ¡*bum!*, golpeando el estaño de las pulperías —porque creías que tenían estaño y yo también— y pidiéndole al pulpero *giñebra* —oíme: *Ginebra* no dije; *Ginebra* es un lago y *giñebra* es un porrón—, y la pedían para *ahugar* las penas de la china sotreta. Claro, vos sabías qué quería decir sotreta, ¿verdad? ¡Cómo no! *Latifundio* no sabías qué quería decir, pero sotreta, sí. Vos sabías perfectamente que el gaucho tomaba un cimarrón al pie del alero; eso lo sabías, claro; pero que el gaucho ganaba como peón cinco pesos mensuales —¡oílo bien, cinco pesos por mes!— eso nunca lo supiste. Del sueldo no te enterabas; del cimarrón, sí. Te habías hecho una idea del gaucho, una idea para uso interno, y dentro de tu imaginación el campo era un desfile de prendas vestidas de zaraza que bailaban el pericón por María, un precioso panorama rural a base de padres que decían: «¡*Meija!*» y de hijas que les contestaban: «¡*Tatita!*» *Es* decir, hijas no, *gurisas*, porque vos y yo, y todos, conocíamos la palabra *gurisa*. ¡Cómo no! *Explotación*, nunca supiste qué significaba; *injusticia*, tampoco. Claro, no eran palabras literarias, y además el campo quedaba lejos. Lo tuyo era la *gurisa*, el *chiripá*, el *horcón* y la *tropilla* de un solo pelo. *Zafra*, no sabías qué era; *desmonte* y *emparve*, tampoco, ¡pero *matrero*, *trompeta*, *¡velay*, *canejo!* y *buenas y con licencia*, eso te lo sabías de memoria! ¿Te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! ¡Y me acuerdo en este momento de preciosa alegría, cuando ya se terminó la ignorancia del campo y de tus hermanos, y en vez de darle la espada a gobernaciones que ya se han recibido de provincias le das —le damos— la espalda al río de los caminos extranjeros y miramos cariñosamente todo eso que en el lenguaje de las zambas se llamaba *tierra adentro!*

Ahora una nueva conciencia argentina limpia el camino que empieza en el asfalto de la estrella porteña y

termina al pie de una chirimoya tucumana calentada por el solcito de Tafí. Ahora el hombre de campo no es una víctima, sino que *es...* ¡mirá qué inmenso y qué simple!: Ahora sus problemas están comprendidos, su dignidad y recompensa aseguradas. ¿Vos no lo sabías? No, no me digas que no. Ya es hora de que cambies en tu imaginación toda aquella fantochada del paisanaje —envuelto en el pocho de una mentira literaria— por esta dichosa familia donde no hay chinas sotretas, ni matreros, ni *¡ahijunas!*, sino hombres y mujeres cómodos, y como todos, que ya no ganan cinco —oíme bien— ¡cinco pesos por mes! ¿Qué? ¿No son más dignos y más hermosos estos momentos que aquéllos? ¿Verdad que lo comprendés? ¡Claro, a mí no me vas a contar que no lo comprendés y no lo agradecés!

XV

Mi sobrino Pirulo, como todos los sobrinos que tienen esa edad anfibia de los doce años, protestaba cada vez que le servían sopa. ¿Sabés? A mí no me gusta la sopa. ¿Hay necesidad de tomar sopa? ¿Se puede vivir sin sopa? Ahí tenés el ejemplo del faisán, que es una persona importante y cara y no la toma, ¡y no es un cualquiera, sino un faisán! Entonces, la madre de Pirulo, para evitar que cada almuerzo fuese un accidente, ¡suprimió la sopa! Y Pirulo —yo lo sigo llamando Pirulo porque los tíos nunca conocemos el nombre verdadero de nuestros sobrinos—, Pirulo, al almuerzo siguiente, dijo: «¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿No hay sopa?» Chilló. ¿Qué me contás? ¡Chilló! Y la misma criatura que protestaba antes, cuando había, protestaba después, ¡porque no había! Decíme, por casualidad, ya que no conozco tu nombre, ¿a vos también te llaman Pirulo? Porque estás colocado en una contradictoria plataforma de sobrino y te quejás porque hay sopa, o porque no hay. De pronto esgrimís un argumento, así, con las dos manos, listo para dar un mandoble importante, como si levantarás una cimientarra, y resulta que es apenas un cortaplumas, y sin filo. «En Buenos Aires», decís, «ya no se puede ir a un

restaurante. ¡Un asalto, y encima el 22% para el personal!» Claro, te entiendo, el 22%; ¡mirá qué escándalo! Una sopa, un peso. Más el 22%, un peso y ventidós. ¡Aquí protestás porque te dan la sopa! Como Pirulo. Al día siguiente —o al minuto siguiente— tu argumento viene a buscarnos desde un ángulo opuesto. Porque, ¿sabés lo que decís ahora?: «¡Ah, en Buenos Aires ya no se puede comer! Vas a cualquier restaurante y no hay mesa. Están repletos. Tenés que esperar turno. ¡Hasta para comer hay que hacer cola!» ¿Ves? ¡Ahora protestás por que no te sirven la sopa! ¡Como Pirulo también! Pero entonces, ¿en qué quedamos? ¿Te molesta el 22% o te molesta el hecho de que al público no le moleste ese adicional y penetre en los restaurantes el arroyo interminable de los que ahora pueden comer ventajosamente donde se les ocurra? ¿No comprendés que si ese 22% no atendiera a razones de equidad y satisficiera necesidades del personal de servicio, sin herir el mayor poder adquisitivo de la población, la cosa funcionaría al revés? ¡Los restaurantes estarían vacíos! En vez de trabajar de centinela, esperando que se desocupe una mesa, te irían a buscar a tu casa para que hicieses de *grupí*. ¡Y no, no! ¡Ya ves cómo están las cosas!: al mismo tiempo viven alegremente el que va a tomar la sopa y el que te la sirve. Entonces, olvidáte de tus tías, perdé tu disconformidad de sobrino y no metás tu cuchara para revolver la sopa de los otros. Convencéte: ¿no ves que seguís encendiendo el fósforo del otro lado? ¡Y eso no se puede! De la cabeza se enciende, Pirulo. Vas a la cosa chiquitita buscando un síntoma negativo dentro de esta inmensa prosperidad general, y el argumento se te vuelve en contra como un *boomerang*. Yo no me opongo a que fumes, pero ¿por qué fumás con el cigarrillo

dato vuelta? ¿No ves que te quemas la lengua? Andá, ponéte de acuerdo con Pirulo. ¿Querés sopa o no querés sopa? Elegí una de las dos posturas y uno de los dos deseos, pero los dos al mismo tiempo... no, no. ¡Los dos al mismo tiempo no se puede! ¡A mí no me la vas a contar!